

« Toujours langue varie... »

*Mélanges de linguistique historique du français
et de dialectologie galloromane offerts
à M. le Professeur Andres Kristol
par ses collègues et anciens élèves*

édités par Federica DIÉMOZ, Dorothée AQUINO-WEBER,
avec la collaboration de Laure GRÜNER et Aurélie REUSSER-ELZINGRE

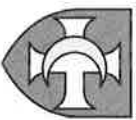


LIBRAIRIE DROZ S.A.

11, rue Massot
GENÈVE

2014

Cet ouvrage a été publié avec le concours de
l'Université de Neuchâtel, Faculté des Lettres et Sciences humaines
la Région Autonome de la Vallée d'Aoste,
Assessorat de l'Education et de la Culture
le Centre d'Etudes Francoprovençales « René Willien »
la Commune de Cortaillod
et l'Association William Pierrehumbert



AWP

www.droz.org

ISBN: 978-2-600-01931-6
ISSN: 1660-0460

Copyright 2014 by Librairie Droz S.A., 11, rue Massot, Genève.

AVANT-PROPOS

Po lly fare oneu, no pouin bin lo fèta...
Le patois neuchâtelais (1895)

Andres Kristol a commencé ses études à l'Université de Zurich. Il y a par la suite travaillé, ainsi qu'à l'Université de Bâle, tout en enseignant au gymnase, ce qui a renforcé un don pédagogique dont témoigne l'ensemble de ses étudiants. En 1993, lorsque Pierre Knecht et Zygmunt Marzys prennent leur retraite conjointement, ils laissent derrière eux deux chaires à repourvoir à l'Université de Neuchâtel : celle de dialectologie et celle d'histoire de la langue française. Si l'on en croit les souvenirs de Zygmunt Marzys, à lire en ouverture du présent volume, on leur fit remarquer qu'ils ne trouveraient pas une seule et même personne capable de reprendre les deux chaires, comme l'un et l'autre en faisaient le vœu. Mais la perle rare existait bel et bien, et cette personne au profil parfait, Andres Kristol, fut embauchée en tant que Professeur ordinaire à l'Université de Neuchâtel, où il prit la direction du *Centre de dialectologie et d'étude du français régional*. Confortablement installé avec son équipe dans une maison en pierre jaune d'Hauterive, aux abords verdoyants du Palais DuPeyrou, Andres Kristol sut cultiver son jardin : d'une part, il fit croître et fleurir la dialectologie comme une « discipline orchidée », une formation tournée vers la recherche, avec un petit nombre d'étudiants, leur donnant la possibilité de pratiquer des enquêtes de terrain dès leur première année d'étude ; d'autre part, il forma avec une patience et un enthousiasme extraordinaires tous les étudiants de langue et littérature françaises à la linguistique historique, dans son cours phare du mercredi soir *La Genèse du français*.

De manière exemplaire, Andres Kristol a mené de front la pratique de l'enseignement et l'exercice de la recherche, alors que beaucoup privilégient l'un aux dépens de l'autre. Loin de dissocier ces deux aspects de la profession, il a nourri ses cours de ses propres travaux tout en transmettant généreusement aux étudiants l'ensemble de ses connaissances. Il a ainsi formé des élèves qui devinrent ses collaborateurs et, parfois même, ses collègues. Son inépuisable envie d'apprendre et sa passion pour l'enquête et la critique ont marqué les

LA CUESTIÓN DE LA ORALIDAD Y LA ESCRITURA EN LOS ORÍGENES DE LAS LENGUAS (IBERO)ROMÁNICAS

Juan Pedro SÁNCHEZ MÉNDEZ
Université de Neuchâtel

El tema de los orígenes romances, su emergencia progresiva en los textos, la constitución de las diferentes *scriptae* y su desarrollo hasta la consolidación (o el truncamiento) de cada romance en el ámbito de la escritura está conociendo un renovado interés en la actualidad entre los investigadores (cfr., para el ámbito hispánico, González Ollé 2008 y Sánchez Méndez 2012¹). Sin embargo, conviene insistir en que se trata de procesos diferentes, que presentan una naturaleza distinta y no deberían confundirse o entremezclarse. Además, uno es la consecuencia, aunque no necesaria, del otro, pero no es el otro. La aparición de la escritura es en buena medida el resultado de la conciencia lingüística (medieval) de los romances por parte de sus hablantes, si bien no se dio en todos los casos ni a la vez, y, cuando lo hizo, se realizó generalmente como una empresa colectiva con sus propias características en el seno de una actividad cultural y lingüística nacida en la Baja Edad Media. No obstante, por el mismo valor simbólico e identitario que otorgamos hoy día a la escritura es frecuente que ambos fenómenos se presenten tan imbricados que se suele tomar la escritura para datar el «nacimiento» de un determinado romance.

Los orígenes remotos de los romances

Sabemos muy poco de lo que sucedió en latín entre la desaparición del Imperio Romano de Occidente en el siglo V y los primeros testimonios del romance en textos de finales del siglo IX. Tampoco existen documentos en los que podamos seguir este proceso. Tan sólo podemos deducir y reconstruir indirectamente la realidad lingüística de estos siglos oscuros. Este es el

¹ Retomo y nuestro aquí, resumidas y agrupadas, algunas de las ideas que ya he presentado en algunos trabajos previos publicados en los últimos años (cfr. Sánchez Méndez 2009, 2012 y en prensa).

periodo conocido como orígenes remotos de los romances. La aparición de los romances se dio de forma imperceptible a modo de *continuum* en el espacio y en el tiempo. Como señala Penny (2004), en el nivel de la comunicación oral, no hay una ruptura en la continuidad (excepto las pequeñas modificaciones en cada generación) que nos lleve del momento romance presente a lo que llamaríamos latín hace dos mil años. Lo que tenemos es un *continuum* temporal, por el cual, generación tras generación, un sistema lingüístico (entendido como un estado de variación determinado) ha ido modificándose lenta e imperceptiblemente sin que en ningún momento ninguna de esas generaciones fuese consciente de hablar algo distinto a la anterior. Mientras la lengua escrita permanecía más o menos fijada, el desarrollo de las variedades del latín en variedades románicas fue un proceso paulatino y progresivo, de manera que no podemos fijar un momento concreto en que el latín ha dejado de serlo para convertirse en otra cosa. Como mucho podemos ver que los textos fechados en una determinada época y región presentan una serie de «errores» o un conjunto variable de nombres romanceados (cfr. Bustos 2004: 264). Gracias a ellos podemos inferir unas características léxico-semánticas, fonéticas y, especialmente, morfosintácticas tan acusadas como para afirmar que el emisor (y el receptor) de ese texto hablaba ya una variedad tipológicamente más afín a lo que denominamos romance que al latín, pero no podemos decir cuándo nació esa lengua románica, porque no se trata de un nacimiento, sino de una lenta transformación.

Si entendemos que lo normal en las lenguas es la variación diatópica, diastrática y diafásica de todo tipo y en todo momento, el cambio en una lengua consiste entonces necesariamente en el paso de un determinado estado de variación a otro estado de variación (Penny 2004: 37). Estos cambios no tienen por qué ser los mismos en todos los sitios, y de hecho, cada una de las variedades regionales del latín, que constituía por sí misma un determinado estado de variación, pasó paulatinamente a otros que coincidían más o menos parcialmente con las regiones vecinas, según los centros a los que estuvieran adscritas, hasta dar lugar a lo que denominamos romances. Se trata de un fenómeno natural en todas las lenguas, que se incrementó con la desaparición del Imperio Romano de Occidente y el aislamiento respectivo entre los reinos germánicos herederos (junto con otras causas concomitantes bien conocidas y establecidas en la tradición de estudios de los manuales románicos). El hecho es que hoy día ese *continuum* se ha desdibujado bastante a causa de la existencia de potentes lenguas estándares. Sin embargo, en los siglos medievales era muy evidente, de manera que lo que tenemos no son romances *stricto sensu*, sino determinadas isoglosas, no siempre coincidentes, que recorren un determinado espacio, de modo que las separaciones se dan en forma de *continuum*. Esto sigue vigente hoy día en buena medida, por cuanto son esas mismas

isoglosas, generalmente unas pocas, las que se eligen arbitrariamente y se utilizan a modo de convención para señalar límites entres modalidades románicas vecinas. Y es frecuente que entre las variedades romances a uno y otro lado de la isoglosa haya paradójicamente más unidad entre ellas que entre las variedades más representativas del romance respectivo.

Además, se emplea el término *romance* sin tener en cuenta que es un nombre que ha cambiado con el tiempo (cfr. Cano 2013), aparte de ser bastante impreciso, por cuanto en él se aglutinan generalizaciones y suposiciones de difícil fundamento que pueden inducir a anacronismos, cuando no a error. En muchos estudios centrados en lo que se conoce como la época de orígenes se habla frecuentemente de *romances* en plural, o se emplea el singular para referirse a una determinada variedad regional. Sin embargo, tal vez convendría previamente definir qué se quiere decir con *romance* en un contexto alomedieval hispánico (o incluso en el conjunto de la Romanía de la Alta Edad Media). La principal característica que complica la noción medieval de romance a la hora de particularizarlo, tanto frente al latín como frente a otros, es que se sitúa en ese doble *continuum* espacio-temporal que convierte en arbitraria cualquier decisión que se tome al respecto para singularizarlo o especificarlo. Por un lado, en su área constitutiva, se inserta, como hemos visto, en un *continuum* geográfico. Ningún romance ha tenido (ni en buena medida tiene hoy día si dejamos de considerar las variedades estándares) límites precisos con respecto a otros romances en su área primitiva de formación, aunque, producto de la Reconquista, éstos sean muy marcados fuera de ella en las llamadas áreas de expansión. Dicho de otro modo, como muy bien saben los dialectólogos, no son los romances los que tienen límites espaciales, sino las isoglosas, esto es, los rasgos lingüísticos.

Por otro lado, lo que llamamos un romance no es lo mismo hoy que en la Edad Media. En los primeros tiempos, lo que denominaríamos un romance serían un conjunto de hablas constitutivas más o menos heterogéneas agrupadas en torno a un centro de poder o prestigio, que les daría cierta entidad o con las que se vinculaban al compartir, o aceptar, sus rasgos lingüísticos. Esto es, que cada lengua románica es en su origen un «complejo dialectal», como fue definido por García de Diego (1950), quien, para el caso concreto del castellano, pone de manifiesto con gran acopio de datos la diversidad interna que presenta en su territorio de origen, incluso en la actualidad. También se ha considerado al castellano primitivo como el resultado de una koiné de hablas locales que se fundieron a medida que se fue expandiendo hacia el sur (Echenique 1995).

Así pues, en la Edad Media, y muy especialmente en los siglos de orígenes, no se puede hablar de romances definidos, sino de centros que aglutinan sus rasgos lingüísticos en torno a ellos y los difunden y que podemos percibir

gracias a su presencia, directa o indirecta, en determinados textos producidos (generalmente en latín) en su seno. Tampoco se puede olvidar que cuando por fin se impone la práctica de escritura romance medieval sólo se van a reflejar determinadas isoglosas de un romance (pero no todas las posibles, por cuanto supone una selección previa de las isoglosas existentes), adscritas a estos centros, no necesariamente coincidente con el del lugar en el que se escribe ni con la variedad que habla quien escribe. Como señaló Morala (1998: 185), la lengua escrita es solo una reelaboración de la lengua oral. Los escritas medievales no eran fonetistas, únicamente manejaban una variedad de lengua escrita, constituida como modelo gráfico, que no tenía por qué coincidir con la variedad oral y sí con la de un centro de prestigio independientemente de donde estuviera. Por lo tanto, los fenómenos que podemos extraer o inferir de los documentos no serían fenómenos que podamos adjudicar a un romance concreto, sino testimonios de una variedad (o conjunto de ellas) de lo que luego será un romance estándar: la sociedad altomedieval estaba muy parcelada en comunidades rurales aisladas, lo que implicaba también una parcelación lingüística de las distintas modalidades, que se extendía a lo largo del territorio sin solución de continuidad. De esta manera, lo que hoy llamaríamos un romance sería una sola de estas variedades que fue privilegiada, y sobre la que varios siglos después se desarrollaría una variedad estándar.

Emergencia escrita y orígenes próximos de los romances

Si es difícil y arbitrario señalar límites geográficos entre variedades limítrofes, es totalmente imposible e inútil establecer límites temporales. Ser-cillamente no hubo un momento en el que se hablase latín y otro en el que ya tuviésemos romance o un romance particular. Lo que podemos observar, con seguridad de no equivocarnos, son los textos situados en los extremos de este *continuum* temporal, que nos muestran dos sistemas lingüísticos progresivamente diferenciados hasta el punto de considerarlos distintos. Y es aquí donde la escritura se ha convertido en el instrumento material utilizado tradicionalmente para datar lo que no puede tener datación. Por ello es algo muy discutible y, además, no se tiene tampoco en cuenta que la constitución de los romances escritos fue también un proceso cultural lento, gradual y complejo, de manera que el paso del romance a la escritura se produjo, en palabras de Ana Cano (2007: 90), como un «deslizamiento progresivo» del que son testimonio los primeros textos.

A diferencia de la diversificación temporal y geográfica del latín que sería un proceso más o menos natural, el de la constitución de las diferentes *scripturae* románicas es algo artificial y consciente. La mayoría de los estudiosos

complejo, muy paulatino, diferente, según el nivel lingüístico considerado, y gradual. Comenzó quizás de forma inconsciente y como un fenómeno más atribuible a una variedad diastrática y diafásica del latín que a la constitución de un romance concreto (por ejemplo el *Appendix Probi*). Poco a poco, y de forma acumulativa, los textos, sin cambiar la apariencia latina, fueron abandonando el sustrato latino de fondo y sustituyéndolo por uno totalmente románico, hasta que se impuso la conciencia de que lo que se escribía era ya una realidad muy distinta al latín clásico (especialmente tras la reforma carolingia del latín).

Concebida así la gestación de la escritura, se explicaría fácilmente la existencia de primitivos documentos híbridos latino-romances, cuya adscripción a uno u otro sistema lingüístico es problemática. Esta continuidad en la que no es posible señalar límites se aprecia también desde el punto de vista grafémico. Así lo observa Cabrera (1998: 12-16), según el cual, afrontar un estudio grafémico de los textos de la etapa de orígenes supone siempre considerar la idea de un *continuum* gráfico, correlato del *continuum* lingüístico; es decir que no se produjo una ruptura entre latín y romance en ningún plano de la lengua, de manera que no se encubría una pronunciación romance bajo la apariencia latina de los textos. Así lo destacan Echenique y Martínez (2011: 58), cuando observan que «hoy separamos con facilidad latín y romance, pero las barreras entre ambos sistemas no eran en absoluto nítidas en el Medioevo».

Menéndez Pidal ([1926] 1986) era consciente de la dificultad de precisar el momento al partir del cual se hablaría romance y no latín y poder dar cuenta del paso de las distintas variedades latinas a las variedades romances. Por ello, distinguió, en primer lugar, unos «orígenes remotos» de la lengua, que hacen referencia a los siglos oscuros, en los que se produce el proceso que llevó desde (o que terminó de convertir) las variedades latinas a las (pre) romances. En estos siglos no hay evidencia escrita románica, sino textos en latín en los que algunos investigadores han creído ver ya una progresiva *sin-taxis* románica (cfr. López 2000, González Ollé 2005). En segundo lugar, habló de unos «orígenes próximos» a partir del siglo IX para dar cuenta del período en que ya encontramos una tímida manifestación escrita del romance que nos permite reconstruir su historia (cfr. Echenique y Martínez 2011: 63).

Es cierto, como señalan Gimeno y García Turza (2010: 162), que la lengua de estos siglos se puede encontrar ya en los documentos notariales, pero se ha de matizar, como indican Echenique y Martínez (2011: 58), que estos documentos no ofrecen el proceso de constitución de los romances, sino el de su normalización escrita. Por lo tanto, no se puede utilizar la emergencia de la escritura en romance para datar (como se ha hecho a veces) el supuesto nacimiento de los romances, ya que no sirve para establecer los límites de esos romances con el latín, que se debió dar en esos siglos oscuros de orígenes

remotos, de los que no nos ha llegado documentación. Dicho de otro modo, como la creación misma de una *scripta* romance sólo nos proporciona el *terminus ante quem* del surgimiento (escrito) de los romances, una parte de la investigación se ha dedicado a buscar o intentar establecer un *terminus post quem*. Para ello, tradicionalmente se ha utilizado los criterios de la intercomprensión y de la conciencia lingüística.

De lado de la intercomprensión, se toma la fecha del 803, en que se celebra el Concilio de Tours, para señalar oficialmente el «nacimiento» de los romances. En este concilio tendríamos una supuesta acta fundacional romance, o de algo que ya no es latín, en el fragmento en el que (en latín) se recomienda predicar «[...] in rusticam romanam linguam, aut Theosticam, quo facilius cuncti possint intelligere quae dicuntur». Este fragmento implica la supuesta constatación de que el latín ya no se entiende y por la tanto podríamos concluir sin error a equivocarnos que lo que se habla es romance, al que se alude como *rusticam romanam linguam*. Ahora bien, digo *supuesta* porque lo único que se constata es que ya no hay comprensión de un determinado tipo temporal y estilístico de latín, el llamado latín clásico, básicamente escrito. Quizás lo que no se entiende sería precisamente el conocido como latín aureo de los primeros siglos y de los grandes escritores romanos, como César, Cicerón, Salustio, Ovidio, Marcial, etc., depurado o recuperado hacia poco gracias al conocido Renacimiento carolingio y su reforma de la latinidad cultural y lingüística liderada por Alcuino (cfr. Wright 1989). Seguramente se entendería mejor el latín más oral (o «vulgar») de los padres de la iglesia y sería mucho mejor todavía a estos efectos el latín del siglo V o el bajo latín.

Más bien parece que esta recomendación de usar la lengua vulgar, *rusticam romanam linguam* (es decir, sin conciencia, al parecer, de ser todavía una lengua distinta, sino, más bien, una variante diatópica y diafásica del latín), indica que existía ya una conciencia de diferenciación lingüística, entre el latín de la escritura y el (pre)romance hablado. Esta conciencia estaría motivada en la depuración o recuperación carolingia del latín escrito, por cuanto evidenció todo lo que la lengua hablada se había alejado de la lengua escrita. También implicaba que, en todo caso, era necesario hacer más comprensible, a través de la predicación y la lectura pública para el pueblo, el latín culto. En cualquier caso, los hablantes debieron de percibir, más que diferencias dialectales entre los romances, la distinción clara entre lo que hablaban (romance en singular) y latín (Bustos Tovar 2004: 282).

Hay que recurrir, pues, a la conciencia lingüística de los propios hablantes (algo siempre muy resbaladizo y difícil de precisar, especialmente en la época medieval), que, asimismo, consiste en un fenómeno igualmente paulatino,

- 1) conciencia en una primera fase de que el latín escrito y la lengua hablada son ya dos realidades distintas y
- 2) conciencia, en una fase posterior más o menos prolongada, de que las diferentes variedades regionales habladas son también entidades o lenguas distintas.

Ninguna de las dos se dio en un determinado momento concreto del pasado, fue, al contrario, un proceso que debió de comenzar, según zonas y regiones, probablemente entre los siglos VII y VIII y concluyó en la Baja Edad Media, hacia principios del siglo XIV (pero esto no es más que una suposición por aproximación, ya que tan sólo contamos con testimonios indirectos).

Vestigios escritos del pasado

Recapitulando lo que hemos visto hasta ahora, la aparición de los romances y de su escritura, aunque hechos relacionados entre sí, son dos procesos distintos y no coincidentes, pues la segunda puede ser considerada como el resultado de la consolidación en diverso grado de los primeros. Esto, que puede parecer obvio, no ha sido a veces lo más evidente en el ámbito de estudios románicos, especialmente en lo que se refiere a la historia de los romances hispánicos. Y es que, como decíamos antes, es frecuente que se utilice la escritura como acta fundacional de un romance.

Esto se debe a un error a la hora de interpretar y entender los datos que nos vienen del pasado de manera descontextualizada, primero, y recontextualizada, después, aunque un error comprensible hasta cierto punto. La escritura, por su misma materialidad, se ha convertido en una especie de objeto al que se le confiere un valor especial que tiene algo de atávico. Cuando se da a conocer un fragmento primitivo de un romance en una glosa u oculto en un texto, ese mismo texto se convierte en un objeto que sirve para forjar una cierta conexión simbólica con el pasado (a la que no se sustrae el investigador) y proyectar en él concepciones modernas que muy difícilmente tuvieron cabida en ese mismo pasado con el que gracias a ellos nos sentimos unidos.

El problema básico es que apenas poseemos nada para poder describir el largo y complejo proceso de diversificación del latín en distintas hablas románicas. Tan sólo podemos formular hipótesis y realizar reconstrucciones más o menos acertadas de cómo se fue dando en cada espacio románico. Pero no hay nada más, excepto unos cuantos vestigios escritos que dan cuenta del cambio: los primeros testimonios romances, que al principio son meros nombres, algunas palabras, frases o grañas que delatan que quien escribe no habla latín, o al menos latín clásico. No debe extrañar, pues, el carácter de reliquias lingüísticas que asumen las glosas al conferirles un valor espe-

cial, que no se justifica científicamente, pero que puede ser inmenso como símbolo.

Por lo general, y producto de lo anterior, es frecuente que los investigadores crean ver o proyecten inadvertidamente hacia el pasado muchas de las concepciones modernas que sustentan su propia conciencia lingüística, configurada por un heterogéneo conjunto de creencias. Esto les sirve de base para enjuiciar circunstancias de naturaleza muy distinta a las de sus consideraciones, por lo que quedan desvirtuadas y, en cierta manera, forzadas. Es normal si nos atenemos a la consideración de que las lenguas poseen actualmente un valor simbólico identitario (del que carecían totalmente en la Edad Media, o, si existía, era de naturaleza muy diferente a la actual) del que es muy difícil sustraerse a la hora de valorar de manera objetiva los hechos que nos ofrece el pasado. Bastará con dar un ejemplo reciente, entre muchos que se podrían sacar a colación. Francisco Moreno (2005: 100-103) señala cómo muchos testimonios medievales y primeros textos en romance que suelen aparecer en códices y otras composiciones en latín ocupando lugares marginales, folios sobrantes etc. y que tuvieron en el momento de su producción bien un fin comunicativo muy modesto (como la *Noticia de kesos*, que un monje leonés realizó en romance a modo de mera lista), bien un deseo de creación literaria destinada a repetirse de memoria (las jarchas), bien, finalmente, un objetivo meramente práctico para dar a conocer unas leyes o unas ideas, con el paso del tiempo han ido adquiriendo un valor añadido de gran relevancia como hitos singulares en la historia de una lengua, mucho más allá de lo que sus meros productores hubieran sospechado: lo que en su origen fue algo cotidiano y modesto en la actualidad se puede utilizar para simbolizar el inicio de una tradición cultural y lingüística, cuando no de toda una civilización.

Efectivamente, la vinculación (cuando no confusión) tan estrecha, y que rida para la filología y la lingüística, que ha existido siempre entre lengua y texto ha motivado de manera exagerada que se considere la aparición de un primer texto en una variedad románica determinada como su acta de nacimiento, y, a partir de aquí, surge el resto de distorsiones más o menos graves en la correcta interpretación de los datos. Daré sólo un ejemplo para el ámbito del castellano, pero quizás igualmente válido para otros romances. A finales de los años setenta se celebraba en San Millán de la Cogolla, el «milenario de la lengua castellana», patrocinado por el Ministerio de Educación y Ciencia, para conmemorar las *Glosas Emilianenses*, concretamente la famosa glosa 89 del códice 60, datada a principios del siglo XI. Esta glosa de cierta extensión fue considerada en muchos medios nada especializados como «las primeras palabras del castellano», y, puesto que había aparecido en un manuscrito producido y custodiado en el San Millán, este monasterio se convirtió en la

«cuna del castellano». Dejando de lado el hecho de que las glosas muestran un romance que presentaría más bien rasgos riojanos y navarros que castellanos propiamente dichos, decir que este texto es ya castellano y no latín es ignorar una realidad hablada anterior que posiblemente llevaba ya existiendo varios siglos. Es también confundir varias cosas, y es atribuir una entidad geográfica a algo que en el siglo XI aún no la tenía, pues lo normal es que los textos romances incluyan o presenten rasgos de otros romances.

Por otro lado, textos en romance como estas glosas de finales del siglo X o principios del XI son muy pocos y no nos ha llegado ningún escrito de épocas anteriores. Pero esto no se debe a que no existieron, sino simplemente a que no se han conservado, y hay muchos indicios que apuntan a que debieron de existir (cfr. Morala 2008). Lo que ocurre es que la escasez de textos románicos se debe a que se hacían para ser efímeros, circunstanciales, intrascendentes (nos han llegado los pocos que sobreviven gracias a que aparecen junto a textos que sí se hacían para perdurar). Son, pues, pocos los testimonios que se han conservado, pero revelan en todo caso una tradición previa mucho más amplia.

Son muchos los autores que consideran que la lengua de los siglos X al XIII la tenemos que buscar en los documentos notariales (cfr. Gimeno y García Turza 2010: 162) y, si observamos esos textos notariales a partir del siglo XII, veremos que hay una parte fija en un latín más o menos logrado y otras más libre, arromanzada destinada a la lectura y a ser entendida por las partes. Desde este punto de vista podemos decir que a medida que el romance fue alcanzado la escritura, consolidándose en ella y desplazando al latín, alcanzó también el nivel de lo que merece ser conservado y en ese momento los textos comienzan a multiplicarse, no porque haya un aumento de actividad y textos escritos en romance, que también, sino porque se tratan en romance temas considerados más trascendentes e importantes.

Asimismo, es difícil sustraerse a la magia de encontrar fragmentos en algo que ya no era latín en la Alta Edad Media, por lo que implican de conexión simbólica con el pasado y por lo que excitan la imaginación. Así, a propósito de la citadas *Glosas Emilianenses*, la confusión tradicional para el período de orígenes entre historia de la lengua con historia de la literatura ha llevado a autores incluso de la indiscutible talla de Dámaso Alonso (1973) a considerarlas como «el primer vagido del español»; otros hablan también de «balbucesos». Es más, la asociación entre lengua oral y escrita es tan fuerte que, puesto que estos primeros fragmentos y testimonios romances presentan a menudo vacilaciones, sintaxis simple, inseguridad y torpeza expresiva, se transfieren erróneamente a la lengua hablada estas características de la primera lengua escrita (cfr. Alarcos 1982: 26-27), tan poco deseables en un romance que se desea glorioso. La lengua oral antigua no era ni más simple

ni menos compleja que la actual o la de cualquier otra época. Lo que ocurre es que su lengua escrita era ya un latín muy alejado, lo que explica las deturpaciones que podemos encontrar en él, y su romance apenas comenzaba a esbozar el principio de una tradición escrita.

Por otro lado, se trata ciertamente de textos tan poco garbosos que no escapan tampoco a los prejuicios, por lo que no es de extrañar que en otros ámbitos románicos, como el del catalán, por citar otro ejemplo, como señala Moran (2004: 432), se tomasen como primeros testimonios de este romance los textos considerados « literarios » en prosa, o al menos con más prestancia, como las *Homilies d'Organyà* de principios del siglo XIII, considerado como el primer « monumento » o texto fundacional, y obviando la rica tradición anterior de textos feudales y otros fragmentos de casi tres siglos por el hecho de no tener valor literario (cfr. Rabella 2012).

Digamos que una cosa es la aparición de los romances, en tanto que variedades orales distintas, tanto del latín vulgar regional en el que tienen su origen y cada vez más diferentes y distanciadas tipológicamente del latín escrito, que constituye su modalidad culta, y otra la consolidación de una escritura en romance independiente de la latina, que conquista los ámbitos discursivos que antes eran propios exclusivamente del latín y que se convierte, asimismo, en modelo culto a través del cual se establecerá un nuevo espacio de variación románico medieval. Por ello, coincido con Morala (1998: 185) en que, para poder estudiar la lengua medieval, hay que distinguir cuidadosamente entre lengua hablada y norma escrita. La lengua hablada y la escrita van inicialmente unidas, pero la segunda es un intento incompleto de representar la primera y constituye también una reelaboración mediante reducción y selección de variedades.

La escritura como empresa colectiva panrománica

La emergencia escrita de las lenguas románicas es un proceso que se dio a la vez en casi toda la Romanía en su conjunto (a excepción de Rumanía, antigua Dacia), al menos hasta finales del siglo XIII. Fue una obra progresiva, acumulativa y esencialmente colectiva, no propia de un determinado centro o región. A partir de este último siglo observamos ya un cambio cualitativo por el cual cada romance va tomando conciencia de sí mismo, de manera que el proceso colectivo panrománico se fue individualizando progresivamente en los distintos espacios romances en la medida que cada uno de ellos fue elaborando su propio modelo normativo, contra el que se definiría posteriormente su espacio de variación propio. Fue, pues, una empresa románica al principio, hasta su constitución y consolidación, mientras que las normalizaciones

A su vez, la escritura nace en el seno de una minoría formada con mayor o menor profundidad en latín: la minoría de aquellos pocos que sabían leer y escribir. Todos, independientemente de cual fuese su lengua oral, compartían la misma lengua escrita, con algunas diferencias diatópicas como mucho. Su lengua oral tampoco sería muy diferente, al menos no tanto como para impedir un conocimiento diastemático, que debió de existir, aunque seguramente de manera algo difusa, en la Edad Media.

En un importante y conocido artículo, Coseriu (1981) observaba que la existencia de una lengua estándar común sirve para reforzar el sentimiento de pertenecer a una misma tradición idiomática, sin que importen lo diferencias que estén las variedades lingüísticas que se integran en ella o incluso si la intercomprensión no es fluida. En lo que se refiere a los siglos medievales, en los que la lengua común escrita es el latín, es difícil saber hasta qué punto los hablantes eran conscientes de las diferencias dialectales (Bustos Tovar 2004: 278). En la época primitiva de los siglos X, XI y XII estas diferencias probablemente no impedirían la inteligibilidad mutua entre hablantes de distinta procedencia, y ésta era ciertamente mucho mayor entonces que hoy, por lo que no podía existir todavía una conciencia idiomática. Esto explica la constante mezcla de dialectos románicos en los textos medievales. Es más, como observa Bustos Tovar, lo que los hablantes sí que percibirían es la distancia en aumento progresivo que separaba la lengua escrita de la oral, y « el romance constituiría una cierta unidad en el plano de la conciencia lingüística o de la percepción de sus diferencias respecto de la lengua escrita » (2004: 278).

Por eso, más que una sustitución del latín escrito, se trataría de una adaptación progresiva, y por ello, podemos observar por todos lados unas influencias mutuas y tradiciones compartidas. El nacimiento de la escritura, en una sociedad en la que sólo unos pocos eran cultos, fue obra que apareció en la periferia de la minoría que sabía leer y escribir y también, por su parte, los primeros textos aparecieron en lugares marginales. En consecuencia, debemos estudiar este proceso como un fenómeno amplio, con inicios periféricos en la cultura altomedieval, que afectó a casi todos los romances en su conjunto: en todos lados, de manera totalmente independiente al romance de que se tratase, se van a dar procesos muy similares, la misma manera paulatina de acceder a la escritura e idénticos tipos de textos híbridos. Tan sólo cambian las marcas diatópicas que denuncian las distintas variedades regionales del romance.

Así, a partir de los siglos IX y X por todos lados el romance se va manifestando progresivamente en los documentos escritos en latín, especialmente los notariales. Se ha supuesto que esto se debía bien por ignorancia o descuido, bien por un deseo creciente de facilitar la comprensión del texto, bien

por ambas razones. Primero se dio en la onomástica, más tarde, las partes centrales del texto y, finalmente, los mismos protocolos iniciales de los documentos serán paulatinamente sustituidos por el romance. También en estos mismos textos hallamos expresiones del tipo «vulgus dicit, qui dicitur», etc., para introducir voces que explican términos o expresiones latinas, que ponen claramente de manifiesto cierta conciencia lingüística de diferenciación entre latín y romance (Cano 2007: 97-98), aunque resultaría arriesgado pensar que se concibieran como lenguas distintas, esto es, que latín y romance coexistieran, pero a manera de dos registros distintos, lo que se puede percibir en los documentos notariales (cfr. Álvarez Maurín 1993: 23-42).

Así pues, podemos considerar el fenómeno como una toma de conciencia colectiva y multiregional: lo que se escribe, el latín, la misma lengua culta para toda la Romanía, es distinto de lo que se habla, el romance. Gimeno Menéndez (1995: 183) insiste en esto cuando afirma que «la propia transformación del latín al romance – tanto en el registro oral, como en el escrito – no es mera cuestión lingüística, sino un hecho sociolingüístico de conciencia lingüística». Precisamente, se ha achacado a la existencia de esa lengua latina escrita común el acceso mucho más tardío de los romances a la escritura frente a lo que sucedió con las lenguas germánicas. La renovación carolingia del latín en la Galia en el siglo IX y la de Cluny en Hispania en el siglo XI, aceleró este proceso de toma de autoconciencia del romance, que comenzó así su camino hacia la escritura. Si consideramos el surgimiento de la escritura como una empresa colectiva (al igual que la mayoría de las empresas culturales y espirituales de la sociedad europea medieval), ello nos permitiría entender y explicar algo importante que se observa en este período alto medieval y es que cuando se trataba de escribir el oral se escribía el romance frente al latín, no se escribía un romance frente a otro (Brea 2007: 122). Efectivamente, ya Selig (2001: 236) señaló, refiriéndose en general a las lenguas románicas, que su fijación por escrito no es una consecuencia «natural» de su desmembramiento lingüístico. La conciencia de este desmembramiento, esto es de los romances como entidades diferentes a otras, se dará en la Baja Edad Media a partir de finales del siglo XIII, con la escritura romance ya definida y creando o arrebatando al latín sus propias tradiciones discursivas (cfr. Koch 1993).

Ahora bien, si lo que denominamos conciencia lingüística es difícil de definir desde un punto de vista moderno lo es mucho más desde una consideración medieval y nos lleva a un terreno movedido e inaccesible. Hay muchos tipos de conciencia lingüística, que se debería denominar más bien sociolingüística. Además, una conciencia lingüística implica también

partir del siglo XIII, respecto de los demás romances. Así lo observa Bustos Tovar (2004: 278-279) cuando señala que la conciencia lingüística no puede interpretarse como la percepción que el hablante tiene de su propio sistema de comunicación, sino que está referida «al modo en que se manifiesta la voluntad colectiva en la selección que se realiza históricamente respecto de la suerte de los fenómenos de cambio».

La Edad Media supone, pues, un período amplio cuyo final implica la adquisición plena de la conciencia de que cada romance es una lengua diferente y diferenciada, y a ello contribuyó de manera decisiva el acceso de los romances a su propia escritura. Esto lleva aparejada también la adscripción de ese romance a una determinada comunidad territorial o política, según se identifiquen sus rasgos como más o menos cercanos o coincidentes con los de los centros de poder. En este sentido, el acceso progresivo de los romances a la escritura será decisivo, y, en el caso del fomento y creación de las diferentes *scriptae*, se inscribe plenamente y alcanza su desarrollo en las cancillerías regias de cada reino, lo que permite ya establecer una primera base desde la que proyectar la unión entre entidad política y conciencia lingüística, esto es, lo que tuvo un origen colectivo, al igual que otras manifestaciones culturales, en la cristianidad europea occidental (entendida no en un sentido religioso, sino espiritual y cultural) se transformó paulatinamente en un proyecto de carácter político, diferenciador e individualizador.

Multilingüismos

Hacia finales del siglo XIII algunos romances peninsulares como el catalán, el castellano o el gallego-portugués habían desarrollado ya una escritura madura gracias a la cual el romance sustituyó al latín. Esto supone un cambio cualitativo también importante en el espacio de variación medieval. Si consideramos que un espacio de variación se define siempre en relación a un estándar, hay que tener en cuenta que durante buena parte de la Edad Media, ese estándar fue el latín. A partir de finales del siglo XI ese modelo entra en crisis o conflicto y se inicia un complejo proceso por el que los romances, al alcanzar la escritura a mediados del siglo XIII, desarrollan o crean un nuevo estándar sobre el que definir su propio espacio de variación, ahora ya romance exclusivamente. Ese estándar se fue configurando paulatinamente a medida que, por un lado, se seleccionaban determinados rasgos lingüísticos prestigiosos propios de un determinado centro de poder y, por el otro, a medida que el romance alcanzaba y se desarrollaba en nuevos espacios discursivos antes sólo permitidos al latín, como las leyes, la historia, la filosofía, la teología, la ciencia o incluso la literatura. Por ello, no es lo mismo el concepto de oralidad en la Alta Edad Media, con el latín como fondo, en que hace referencia a

la presencia de fenómenos de diversa índole atribuibles al romance en textos primitivos en latín (que muestran la plasmación por escrito o el acceso de la lengua oral a la escritura) que en la Baja Edad Media. A partir del siglo XIV encontramos textos en los que la oralidad se define ya frente a estos romances escritos. En estos casos podríamos considerar esta oralidad como marcas de coloquialidad, pero no en oposición a un texto latino, sino a una tradición de escritura en romance recién consolidada que muestra diferentes tradiciones discursivas. Es decir que estamos ante unos rasgos lingüísticos representativos de textualización de la oralidad en textos ya exclusivamente romances, como las declaraciones de testigos en estilo directo, los sermones, etc.

Es importante entender que la emergencia de la escritura romance se dio en un contexto de destacado multilingüismo. De él se hacen eco los documentos y textos. También este multilingüismo sería una manifestación de ese carácter colectivo que en la Alta Edad Media asumió la empresa de independizar la escritura romance de la latina. Ahora bien, las manifestaciones de este multilingüismo son de naturaleza muy distinta en la época de orígenes desde el siglo X al XIII, que a finales de esta centuria en que el multilingüismo asume un carácter más cultural. Se trata pues de dos multilingüismos. El primer multilingüismo se da en un contexto en el que no hay conciencia de que existan romances diferentes, que se definirían como registros distintos frente al latín; esto es, se trataría de un multilingüismo en un entorno culto latino.

No creo que resulte difícil extrapolar las circunstancias y características que se dieron en la Península Ibérica al resto de la Romanía, y en muchos sentidos serían idénticas. Tan sólo mostrarían particularidades, por un lado, en el proceso de la Reconquista, que motivó la aparición muy marcada de dialectos meridionales consecutivos, claramente delimitados, y, por el otro, en la abrumadora presencia, en los primeros siglos, del árabe, junto al latín, como lengua de cultura. Al igual que en otros lugares, las distintas variedades norteñas del iberorromance fueron surgiendo en la Península como dialectos del latín, diferenciadas entre sí por su particular situación geográfica, demográfica y política. Como hemos visto antes, tendemos a considerar estas variedades en conjunto, olvidando el hecho de que en su origen fueron muchas hablas, docenas de ellas. Cada unidad geográfica, por pequeña que fuese, mostraba sus particularidades (Badia 2000: 8) y ello debido a la fragmentación extrema de sus comunidades rurales aisladas unas de otras. Por lo tanto, como señalan Echenique y Martínez (2011: 53), «esa parcelación se tradujo en una fragmentación interna de las lenguas, que terminaron por ofrecer tantas hablas locales como comunidades rurales». A medida que el norte peninsular se compartimentaba en núcleos políticos de diversa índole, no siempre bien avenidos, estas hablas se agruparon por razones de afinidad

política y sometimiento a centros de poder hasta cristalizar en los romances medievales que conocemos.

Por eso, habría que preguntarse hasta qué punto se podían considerar durante gran parte de la Edad Media variedades suficientemente diferenciadas. Hay rasgos que nos permiten discernir si un determinado texto es castellano, aragonés o catalán, pero todas estas variedades románicas desde la más temprana Edad Media acusan influencias unas de otras (Moreno Fernández 2005: 89). Cuando se estudian los textos de una determinada variedad románica se ha de hacer necesariamente referencia al resto. La influencia recíproca entre las distintas modalidades románicas, fueran o no contiguas, fue un hecho constante que las entrelaza desde sus orígenes. Esa es la razón por la que es a veces difícil adscribir determinado texto medieval a una variedad románica precisa. Por ejemplo, el hibridismo lingüístico es muy notable en algunos textos que nos han llegado, como el *Auto de los Reyes Magos* o el *Fuero de Avilés*, escritos en asturiano con rasgos occitanos, o el *Tratado de Cabreros* (1206), en castellano y astur-leonés, el *Fuero de Valfermoso de las Monjas* (1189), en castellano con elementos mozárabes y occitanos (cfr. Lapesa 1985), el *Fuero de Castelo Rodrigo* (siglo XIII) muestra rasgos gallego-portugueses y astur-leoneses. Es habitual encontrar en los textos castellanos aragonanismos y leonesismos, a la vez que en los textos leoneses y aragoneses, castellanismos. Catalanes y occitanos, hasta las primeras décadas del siglo XIII se sintieron miembros de una misma comunidad lingüística y cultural (Ferrando y Nicollas 2005: 64). Como señala Kabatek (2005: 35), a propósito del castellano, pero igualmente válido para otros romances, la transformación al romance de testamentos, compraventas, etc. hubo de basarse en parte en modelos occitanos traídos por estos provenzales, en los que ya se había creado una tradición anterior de escritura en romance, al menos desde principios del siglo XII. Por eso, ejercerán una notable influencia en la conformación de la primera *scripta* leonesa y jugarán un papel decisivo también en la configuración lingüística del aragonés medieval (cfr. Alvar 1953).

El segundo multilingüismo se da ya con el acceso pleno del romance a una escritura que muestra madurez y dominio de cualquier ámbito y registro. Aquí el bilingüismo aparece en un ambiente romance consolidado, lo que implica dotar a los romances escritos de nuevas funciones. Con la Reconquista, a medida que se consolidaban y se definían los reinos cristianos frente al resto, iba surgiendo una *scripta* en cada uno más homogénea y se alcanzaba la escritura, lo que implicaba tanto una fuerte conciencia del romance, como un conjunto de reflexiones metalingüísticas. A partir del siglo XIV no podemos soslayar ya el hecho de que esta época, especialmente en la Península Ibérica, es un constante trasiego de lenguas (cfr. Beltrán 2005: 16). El plurilingüismo será algo corriente en todas las cortes e incluso en todos los

reinos (cfr. Hilly 2002). No existía una relación entre lengua escrita y territorio tan acusada como la que se produjo a partir del siglo XV, porque entre ambos podían aparecer otros criterios de selección de lengua según el género o la situación comunicativa.

Conclusión

En conclusión, hemos visto que la aparición de las lenguas románicas y su emergencia en la escritura son dos fenómenos que presentan una naturaleza distinta y no deberían confundirse o entremezclarse. La emergencia escrita de las lenguas románicas es un proceso que se dio a la vez en casi toda la Romania al menos hasta finales del siglo XIII. Fue una obra progresiva, acumulativa y esencialmente colectiva, no propia de un determinado centro o región (aunque con particularidades regionales). Más que una sustitución del latín escrito, se trataría de una adaptación progresiva, y, por ello, podemos observar por todos lados unas influencias mutuas y tradiciones compartidas. Este proceso dejó de ser colectivo a medida que se fue individualizando progresivamente en los distintos espacios románicos cuando cada uno de ellos elaboró su propio modelo en las cancellerías. Dado este carácter colectivo de la empresa que llevó el romance a la escritura, una característica de los primeros textos en romance es la presencia constante del multilingüismo.

Bibliografía

- ALARCOS LORACH, Emilio, *El español, lengua milenaria (y otros escritos castelanos)*, Valladolid, Ambito, 1982.
- ALONSO, Dámaso, «El primer vagido de nuestra lengua», *Obras completas* 2, 1973, p. 11-14.
- ALVAR, Manuel, *El dialecto aragonés*, Madrid, Gredos, 1953.
- ÁLVAREZ MAURÍN, M^a Pilar, «El registro lingüístico especial de los documentos notariales medievales», *Estudios Humanísticos. Filología* 15 (1993), p. 23-42.
- BADIA, Antoni, «Romania», 'Romanitas', 'Romanística', *Estudis Romànics* XII (2000), p. 7-22.
- BELTRÁN, Vicenç, *La corte de Babel: política y poética de las lenguas en la España del siglo XIII*, Madrid, Gredos, 2005.
- BREA, Mercedes, «Las lenguas románicas en la Edad Media», in: GARGALLO, G. / JOSÉ, E. / REINA BASTARDAS, M. (ed.), *Manual de lingüística románica*, Barcelona, Ariel, 2007, p. 121-146.
- BUSTOS TOVAR, José Jesús de, «La escisión latín-romance. El nacimiento de las lenguas romances: el castellano», in: CANO AGUILAR, R. (ed.), *Historia de la lengua española*, Barcelona, Ariel, 2004, p. 259-290.
- CABRERA, Carlos, «Reflexiones sobre el sistema gráfico apulgarado de los textos primitivos leoneses», in: BLECUA, J. M. et al. (ed.), *Estudios de gramática en el dominio hispánico*, Salamanca / Bogotá, Universidad de Salamanca / Instituto Caro y Cuervo, 1998, p. 9-23.
- CANO, Ana, «Del latín vulgar a los primeros romances. Aparición del romance en la escritura», in: GARGALLO, G. / JOSÉ, E. / REINA BASTARDAS, M. (ed.), *Manual de lingüística románica*, Barcelona, Ariel, 2007, p. 81-121.
- CANO AGUILAR, Rafael, «De nuevo sobre los nombres medievales de la lengua de Castilla», *E-Spania* 15 (2013) (en línea, consulta 20.10.2013).
- COSERIU, Eugenio, «Los conceptos de dialecto, nivel y estilo de lengua y el sentido propio de la dialectología», *Lingüística española actual* 3/1 (1981), p. 1-32.
- ECHENIQUE ELIZONDO, M^a Teresa, «Kastilische Koine: La Koiné castellana», in: HOLTUS, G. / METZELIN, M. / SCHMITT, C. (ed.), *Lexikon der Romanistischen Linguistik* II, Tübingen, Max Niemeyer, 1995, p. 527-536.
- ECHENIQUE ELIZONDO, M^a Teresa / MARTÍNEZ ALCALDE, M^a José, *Diacronía y gramática histórica de la lengua española*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2011.
- FERRANDO, Antoni / NICOLÁS, Miquel, *Historia de la llengua catalana*, Barcelona, Editorial Uoc, 2005.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente, «El castellano como complejo dialectal y sus dialectos internos», *Revista de Filología Española* XXXIV (1950), p. 107-124.
- GARCÍA TURZA, Claudio, «En los orígenes de la escritura española: la creación gráfica de los glosadores altomedievales», in: *IX Simposio. La lengua escrita*, Logroño, Universidad de la Rioja, 2005, p. 48-67.
- GIMENO MENÉNDEZ, Francisco, *Sociolingüística histórica (siglos X-XII)*, Madrid, Visor Libros, 1995.
- GIMENO MENÉNDEZ, Francisco / GARCÍA TURZA, Claudio, «La función social de los protorromances hispanos», in: GIMENO, F. (ed.), *Aemilianense. Revista internacional sobre la génesis y los orígenes históricos de las lenguas romances* II (2010), p. 127-202.
- GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando, «Los orígenes remotos de la sintaxis románica», in: SANTOS, L. (ed.), *Memoria de Fernando Lázaro Carreter*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005, p. 627-672.
- GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando, «Aportaciones a los orígenes de la lengua española», in: Díez CALLEJA, B. (ed.), *El primitivo romance hispánico*, Salamanca, Instituto castellano leonés de la lengua, 2008, p. 13-72.
- HILTY, Gerold, «El plurilingüismo en la corte de Alfonso X el Sabio», in: ECHENIQUE ELIZONDO, M. T. / SANCHEZ MÉNDEZ, J. (ed.), *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Madrid, Gredos, 2007, p. 207-220.

- KABATEK, Johannes, «Las tradiciones discursivas del español medieval: historia de textos e historia de la lengua», *Iberorromania* 62/2 (2005), p. 28-43.
- KOCH, Peter, «Pour une typologie conceptionnelle et médiatale des plus anciens documents/monuments des langues romanes», in: SELIG, M. / FRANK, B. / HARTMANN, J., (ed.), *Le passage à l'écrit des langues romanes*, Tübingen, Narr, 1993, p. 39-81.
- LAPESA, Rafael, «El fuero de Valfermoso de las Monjas (1189)», en *Homenaje a Alvaro Galmés de Fuentes I*, Madrid, Gredos, 1985, p. 43-98.
- LÓPEZ, Ángel, *Cómo surgió el español*, Madrid, Gredos, 2000.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el s. XI*, Obras completas VIII, Madrid, Espasa-Calpe, 1986 [1926].
- MORALA RODRÍGUEZ, José Ramón, «Norma gráfica y variedades orales en el leonés medieval», in: BLECUA, J. M. et al. (ed.), *Estudios de gramática en el dominio hispánico*, Salamanca/Bogotá, Universidad de Salamanca / Instituto Caro y Cuervo, 1998, p. 169-187.
- MORALA RODRÍGUEZ, José Ramón, «Sobre la Noticia de kesos, de hacia el 980», en COMPANYY COMPANYY, C. / MORENO DE ALBA, J. G. (ed.), *Actas del VII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española II*, Madrid, Arco Libros, 2008, p. 2019-2032.
- MORAN, Josep, «El proceso de creación del catalán escrito», *Aemiliane. Revista internacional sobre la génesis y los orígenes históricos de las lenguas romances I* (2004), p. 431-440.
- MORENO FERNÁNDEZ, Francisco, *Historia social de las lenguas de España*, Barcelona: Ariel, 2005.
- PENNY, Ralph, *Variación y cambio en español*, Madrid, Gredos, 2004.
- RABELLA, Joan Anton, «Oralitat i escriptura: la llengua catalana a l'Edat Mitjana», in: SANCHEZ MÉNDEZ, J. P. (ed.), *Oralitat y escritura en la Edad Media Hispánica*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2012, p. 53-86.
- SANCHEZ MÉNDEZ, Juan Pedro, «Comunidades políticas e identidades lingüísticas en la Edad Media», in: BUSTOS, J. J. de / IGLESIAS, S. (ed.), *Identidades sociales e identidades lingüísticas*, Madrid, Editorial Complutense, 2009, p. 159-190.

I DITTONGHI DELL'AREA FLEGREA E LA TEORIA DELLA VARIABILITÀ DEL PARLATO

Rosanna SORNICOLA

Università di Napoli Federico II

Introduzione

I dittonghi dei dialetti flegrei pongono alcuni interessanti problemi di natura strutturale e storica. I problemi strutturali possono essere sintetizzati come segue:

- (1) i dittonghi presentano un forte polimorfismo;
- (2) essi mostrano inoltre proprietà di contesto sillabico che costituiscono un contro-esempio alle teorie correnti sulla struttura metrica della sillaba;
- (3) le diverse forme che essi assumono mostrano una correlazione significativa con i fattori prosodici, il che tuttavia lascia inspiegata una percentuale non trascurabile di casi.

I problemi storici riguardano (4) la loro distribuzione nello spazio e (5) attraverso gli strati sociali. Inoltre, resta aperto un problema di ordine demografico: (6) non è chiaro se i dittonghi abbiano avuto origine come evoluzioni spontanee all'interno delle varie comunità di parlanti oppure per effetto di fattori esterni come la mescolanza di popolazione. Riguardo alla loro distribuzione spaziale, essi ricorrono in modo diseguale nella zona del Golfo di Pozzuoli (sulla terraferma e nelle isole di Ischia e Procida). Le somiglianze con i dittonghi di altre varietà romanze, rispetto ai tipi di varianti coinvolte e al contesto strutturale, sono solo parziali. Tuttavia, è interessante comparare i dittonghi dell'area flegrea con quelli di alcuni dialetti della costa adriatica che presentano un campo di varianti parzialmente simile. È pertinente anche una comparazione con i movimenti vocalici nei dialetti delle zone dell'entroterra campano. La distribuzione sociale non mostra un chiaro *pattern* di variazione in termini di età, sesso e classe di appartenenza. In diverse località della zona